

## Ser maestra, lo que un día decidí ser

Dahayana Estefanía Jiménez Gutiérrez

Programa de Formación Complementaria III semestre. Institución Educativa Escuela Normal Superior de Saboyá/Boyacá/Colombia. [dahayanajimenez1056@gmail.com](mailto:dahayanajimenez1056@gmail.com)

Al iniciar el proceso como docente, un miedo se estaba comenzando a presentar en mí y ese era el fracaso, dicen que sin éste no hay logro, pero si pensamos por un momento, no hay peor fracaso que no haber intentado algo y vivir con la incertidumbre de ¿qué hubiera pasado si...?, así que emprendí camino y acá vamos.

Cuando en nuestro país, Colombia, comenzó a hacerse el retorno a las aulas de clase, –por la pandemia, como en muchos lugares sucedió, la modalidad de recibir la educación había cambiado y era online–; la emoción fue esa, encontrarnos nuevamente con quienes quizás en el olvido estaban quedando y continuar con nuestro proceso, de una manera más productiva tanto para unos como para otros, entonces, pasaron los días y en uno de ellos me asignaron una escuela donde debía ir a hacer las prácticas pedagógicas.

Me comencé a hacer preguntas de ¿cómo sería el lugar?, ¿cuál sería la actitud de los niños y de la profesora?, para saber eso, debía presenciarlo, así que pensé en una actividad para integrarme con los niños, saber un poco más de ellos y que ellos también supieran algo de mí, entonces llegué y ejecuté lo que había pensado.

Cabe recalcar que la escuela queda ubicada en la vereda de Escobal Centro, una de las 13 veredas del municipio de Saboyá, donde actualmente y desde mi niñez resido, está a 40 minutos de mi casa, caminando. Generalmente son vías terciarias y suelen no ser pavimentadas, lo que quiere decir que cuando llueve el camino va a estar lleno de lodo y se harán charquitos de agua, así que usaba botas de caucho para llegar a mi destino con una buena presentación personal.

---

Allí, en esta escuela, encontré 15 niñas y niños de preescolar a grado quinto, que comprendían las edades entre 6 y 14, todos en un mismo salón al trabajarse multigrado, esta modalidad es fundamental en el sector rural y hay tan solo 1 o 2 maestros en el salón de clase; niñas y niños llenos de amor, abundante humildad y sencillez, que te hacen la vida feliz con tan solo verlos, su actitud realmente era muy bonita y trabajaban con gusto en cada una de las actividades que diseñaba, era agradable evidenciar eso.

Aunque al final de la jornada como docente se suele terminar agotado, la satisfacción de que los niños comprendan los temas y te comiencen a tomar cariño, a contar sus aventuras y buscar en ti un amigo más, es incomparable, inconscientemente se hacen extrañar, hacen que queramos verlos día a día y compartir más con ellos, están destinados a ser nuestra segunda familia y nosotros la de ellos.

En el receso comíamos las onces y solíamos compartir, así fuera un dulce, luego jugar a las escondidas, atrapadas o ponchadas, este último consiste en que uno de los integrantes con una pelota la lanza a apuntar a alguien más, quien es tocado, pasa a ponchar y así sucesivamente, evitar ser ponchado es el objetivo principal y para lograr esto, hay que correr, era chévere ver cómo eran de felices al saber que como docente, estaba incluida en los juegos y siempre intentaban que fuera yo quien actuara principalmente, es decir, atrapar, buscar o ponchar y ellos no dejarse para hacerme correr más.

Mientras almorzábamos y la jornada casi terminaba, los niños me preguntaban si iría de nuevo a la escuela y al escuchar mi respuesta, se ponían muy felices. Había mucha nobleza en sus corazones y es que así son los niños, no saben de odio ni de rencor, es la sociedad que con sus malas actitudes, inculcan eso.

Cuando todos nos íbamos a nuestros hogares, los niños se despedían con entusiasmo y a veces caminaba de regreso con algunos de ellos porque nuestros caminos se cruzaban, nos íbamos hablando y pude encontrar que compañeros de bachillerato se relacionaban como familia de quienes en ese momento eran mis estudiantes, entonces me daba alegría saber el rumbo que sus vidas habían tomado después de graduarnos y aunque no todos corren con la misma suerte, les estaba yendo bien.

Regresaba a mi casa y mi padre me preguntaba cómo me había ido durante el día, mi cara podía decirlo todo, estaba feliz, expresaba que me había ido súper bien y le contaba las novedades, como algo raro, cada vez había algo que en los niños me causaba curiosidad, eran niños siendo niños, con picardía en sus palabras o hechos, pero siempre con respeto y no faltándole a la integridad a los demás en cómo se expresaban; una vez, (uno de ellos) mientras nos lavábamos las manos para ingresar al salón después del descanso, me dijo: “profe, usted me está cayendo como bien” lo dijo de manera sarcástica que pensé en un “ah gracias”, pero solo sonreí, Nicolás, de tan solo 7 años de edad. Así se llamaba aquel niño que siempre recordaré.

Otra de las experiencias fue que un día, para la recolección de datos para el proyecto de investigación, decidí visitar hogar por hogar y como no conocía bien la vereda ni los hogares de los niños, Nicolás fue me acompañó, mientras caminábamos, los vecinos lo saludaban y a uno de ellos, fue tanta la emoción que a los 4 vientos le gritó que yo era su profesora, me sentí presumida, el señor le dijo que eso estaba súper bien.

Como una súper heroína me veían los niños, valiente y dedicada a lo que un día decidí ser: ser docente. Es toda una misión que estamos llamados a alcanzar, a base de valores como el amor por querer formar personas que al final logren conseguir un futuro genial, gracias a sus bases y el esfuerzo, nos brinda la posibilidad de mejorar el mundo y es la única profesión que crea las demás, por eso es tan importante.

Ser docentes en las escuelas es revivir el paso que algún día tuvimos por ellas; es estar pensando en aquello que podemos mejorar para nuestras clases y que nuestros pequeños sean felices, que sientan gusto por aprender lo que nosotros preparamos para ellos y asimismo nosotros aprender de ellos, es ser exigentes y también exigimos.

Nuestra profesión no es solo enseñar la matemática ni el español, es enseñar, además de eso a no rendirse, a no tirar la toalla al primer fracaso y esto también aplica para nosotros, quizás muchas veces nos frustramos por cosas que no salen como pensábamos y lo único que se viene a nuestras mentes es renunciar a nuestros sueños y esa no es salida, hay que cambiar el chip, esforzarnos y continuar, sin embargo,

---

en el caso de los niños hay que animarlos con palabras bonitas, ellos siempre nos van a escuchar.

Somos nosotros quienes vamos a descubrir junto con ellos los talentos que ni siquiera reconocen, de esta manera, se van a dar cuenta que son muy capaces de hacer lo que se propongan, quizás los estudiantes se sientan felices por ello, y nosotros dejaremos huella en sus corazones, bueno o malo, el tiempo pasará y nos recordarán como aquel que algo les enseñó y no seremos olvidados nunca.

Yo aún recuerdo profesores de la primaria y no se quién se emociona más cada vez que nos saludamos por ahí, si ellos al ver que seguí sus pasos o yo que gracias a sus enseñanzas y todo lo que pude percibir, estoy construyendo mi futuro.

Por otra parte, aunque este tiempo de pandemia, sin duda no ha sido el mejor para muchos, ya que no todos vivimos el día a día en las mismas condiciones y con las mismas oportunidades, hay que agradecer por lo que tenemos y contemplar la idea de lo que podemos llegar a tener.

Finalmente, agradezco por la oportunidad que Dios me dio de iniciar esta profesión, hasta el momento he aprendido demasiadas cosas, he conocido personas que irradian magia y me he llevado muy buenas experiencias; no es malo que hayan días grises, podemos pintarlos color rosa y van dos consejos para quienes hayan llegado hasta acá, cuando sientan que todo se viene al suelo, hay que recordar la sonrisa de nuestros pequeños niños y entregarlo todo y continuar, porque esas sonrisas no pueden opacarse y segundo, una vez que algo se inicie, el momento para terminarlo es cuando estemos en la cima y al final lo hayamos logrado.